

LIBERALISMO Y SOCIALISMO

José María Méndez*

El capitalismo da oportunidad de iniciativa a unos pocos. El socialismo podría a lo sumo proporcionar una seguridad servil para todos. Desgraciadamente nuestras teorías políticas son menos inteligentes que nuestras teorías científicas.

Bertrand Russell

1. Terminología

Hay multitud de nombres que designan, con más o menos rigor, estos dos enfoques básicos sobre el hombre y la sociedad . Pero usemos los dos del título.

Preferimos *liberalismo* a *capitalismo*, porque *capitalismo* se usa habitualmente en sentido despectivo, mientras que *liberalismo* enfatiza el respeto a la libertad, reconoce al ciudadano como persona, y la sociedad es vista como un medio y no como un fin .

Y preferimos *socialismo* a *comunismo*, porque éste último tuvo su cenit en la extinta URSS, mientras que *socialismo* sigue reflejando hoy día, a principios del siglo ^{xxi}, la mentalidad dominante de hecho en la gran mayoría de los gobiernos europeos, aunque teóricamente se autoproclamen no-socialistas. Sin duda, *social-democracia* es una etiqueta muy corriente, pero evitamos palabras compuestas . Igual criterio para *semi-comunismo*, que yo mismo he empleado en otros textos.

173



2. Ética y Casuismo

Para lograr que nuestras teorías políticas se acerquen en rigor a las científicas, como desearía Russell, se hace preciso ante todo distinguir entre una ciencia ética, que intenta descubrir cuáles y cuántos son los valores que dan sentido a la vida humana, y el casuismo acientífico, o sea, las valoraciones que constantemente hacemos todos sobre las conductas concretas de los demás. Propiamente, no hay ciencia ética de los casos concretos .

La *limpieza*, por ejemplo, es claramente un valor ético. Puede universalizarse. Si todos los humanos, todos sin excepción, fuésemos limpios, todos saldría-

* José María Méndez, Asociación Estudios de Axiología,

mos ganando y nadie perdiendo . Pero eso es compatible con que haya multitud de casos en que lo acertado sea no ser limpios.

Veo un trapo sucio tirado en la calle. De acuerdo con el valor *limpieza*, me agacho a recogerlo y echarlo en un contenedor cercano. Pero el trapo desprende un hedor mefítico y me entra la sospecha de que puedo infectarme, quizá gravemente. El respeto a mi propia vida es también un valor, y choca con la *limpieza*. En este conflicto entre valores, respetar mi propia vida tiene claramente la preferencia sobre la *limpieza*. Hago bien en no recoger el trapo del suelo y pasar de largo. He tenido intención de vivir la *limpieza*, y eso es lo más que he podido hacer.

Poco después pasa por allí un químico de profesión. También él quiere ser limpio y se agacha para recoger el trapo. Percibe también el olor sospechoso, pero identifica el producto químico que lo provoca y sabe que no es tóxico . Coge tranquilamente el trapo y lo echa en el contenedor.

Aunque sus conductas hayan sido opuestas, los dos han vivido, *dentro de sus circunstancias*, como diría Ortega, el valor *limpieza* . Concluimos por tanto que lo obligatorio, lo que *debe ser* es el valor *limpieza*, y no la acción concreta con que una persona puede realizar tal valor. El mismo valor puede vivirse de maneras distintas. Al hablar más adelante sobre la lógica formalizada moderna volveremos con todo rigor sobre este tema.

Lo que ahora queremos enfatizar es que la *limpieza* nunca dejará de ser un valor ético porque haya muchos casos concretos en que lo acertado sea no ser limpios. Igualmente, si la *limpieza* es en verdad un valor ético, eso no se fundamenta en que también haya muchos casos concretos en que lo acertado sea ser limpios

Desde Hume sabemos que un *debe-ser* nunca se deriva lógicamente a partir de un *es* . O que *ser* → *deber ser* es una muy gruesa falacia, por mucho que se incurra en ella en la vida real.

Dicho más exactamente, un valor ético se define como *lo que debe ser, sea o no sea* . No hay que dirigir la atención a si el valor se cumple o se viola con tal o cual acción concreta, sino a identificar materias objetivamente valiosas y que deben incondicionalmente ser. Lo decisivo para identificar una materia éticamente valiosa es la universalización teórica antes aludida. Hacer el experimento mental de un mundo en que todos los humanos, todos sin excepción, viviesen la conducta en cuestión. También volveremos sobre este punto cuando invoquemos la lógica moderna.

Las encuestas no sirven para nada en ética, pues propiamente no hay ciencia ética de los casos concretos. Ni el *deber-ser* es producto del consenso social, por muy mayoritario y estable que sea. El método del caso, tan alabado en las escuelas para empresarios, no funciona en ética. Lo hemos visto ya en el ejemplo del trapo sucio.

En efecto, todos los datos de una situación concreta pueden ser iguales para



dos personas . Pero de ahí no se sigue que su conducta haya de ser idéntica. Estrictamente, cada persona es única en la historia universal . *No hay otro yo en el mundo*, dice D . Quijote. Justo por eso dos personas pueden actuar acertadamente en la misma situación con decisiones distintas, y hasta opuestas. Lo mismo que ambos pueden equivocarse, o uno acertar y el otro no . No hay ciencia ética de los casos concretos, porque cada persona y su caso concreto nunca han ocurrido en la historia, ni volverán a repetirse. Cada decisión personal es un hecho que ocurre una única vez en la historia universal, y no hay referente alguno con qué compararla. Sólo una inteligencia superior a la humana podría poseer ciencia ética de los casos concretos. La única ciencia ética posible para los humanos consiste en identificar materias valiosas mediante el método de universalizarlas teórica o mentalmente.

3. El valor supremo de la Verdad

La Verdad no es un valor ético. Lo sería en todo caso la *veracidad*: decir la verdad a quien tiene derecho a saberla. Ciertamente, si nadie engañase a nadie, todos saldríamos ganando y nadie perdiendo. Pero la Verdad de que ahora hablamos es otra cosa . Se trata de un valor supremo que engloba o incluye a la veracidad y a cualquier otro valor ético. Siempre cabe preguntar: ¿es verdad que la veracidad es un valor ético? ¿Es cierto o falso que la justicia sea un valor? Etc. Lo que queremos enfatizar ahora es que la distancia lógica, por así decir, entre *lo que debe ser* y *lo que es* se hace todavía mayor al considerar este valor supremo de la Verdad que en el caso de un valor ético específico.

La Verdad es objetiva, y está absolutamente por encima de las opiniones subjetivas . Lo verdadero de *dos y dos son cuatro* se nos impone absolutamente, lo mismo que lo falso de *dos y dos son siete*. Incluso las verdades fácticas o experimentales de nuestro mundo están en esta situación. Se puede medir la altura del Everest y comprobar que es objetivamente mayor que la del Kilimanjaro. En la Alta Edad Media todo el mundo estaba convencido de que la Tierra era plana. Pero no por eso nuestro planeta dejó de ser objetivamente esférico.

También pasa lo mismo en verdades de tipo axiológico . *Por muchos asesinatos que se cometan, no por eso asesinar se convertirá en algo digno y valioso por sí mismo*, decía Kant . Podríamos añadir en nuestros días: *y por mucho que los medios de comunicación justifiquen a los terroristas y los partidos políticos negocien con ellos, no por eso el terrorismo se habrá convertido en algo digno en sí mismo*. Es una Verdad objetiva que el Respeto a la vida ajena es un valor ético . Lo objetivo nunca es el consenso de opiniones subjetivas, incluso aunque se tratase de la suma de las opiniones de todos los humanos vivientes en este mundo en un momento dado . Incluso si el consenso en alguna cuestión



fuese unánime y estable, no por eso habríamos construido una Verdad objetiva en ética .

Cuando ascendemos al nivel del valor supremo de la Verdad, vemos mejor la inconsecuencia lógica de la afirmación *la Tierra es objetivamente redonda porque ahora todos pensamos subjetivamente que lo es* . Es justo al revés . Ahora todos estamos subjetivamente en lo cierto, porque afirmamos lo que objetivamente es así. La Verdad objetiva es independiente de las opiniones subjetivas. Con todo, la potencia de esta afirmación sólo la aprecia en toda su envergadura quien conoce la lógica moderna. El llamado *pensamiento débil* es ciertamente débil. No es más que crasa ignorancia de que se ha formalizado la lógica. En ámbitos anglosajones es más usada la palabra *escepticismo*

Esta referencia a la Verdad como valor supremo es especialmente indicada en el dilema Liberalismo-Socialismo por la enorme carga de apasionamiento sentimental que lo ha acompañado desde siempre. Pero los sentimientos, por muy acendrados y sinceros que sean, y por mucho respeto que tengamos a los ignorantes en cuanto personas, siempre son ciegos intelectual o racionalmente. A la ignorancia como tal no le debemos respeto alguno.

En efecto, en la medida en que nuestros sentimientos apasionados nos obcecamos, buscamos argumentos falaces o raciocinios falsos que concuerden con la solución que previamente ha dictado nuestra psique . No somos honestos en la búsqueda de la Verdad objetiva. Confundimos la realidad con los deseos, como se suele decir. Por eso es oportuno insistir en que la Verdad objetiva sobre el liberalismo y el socialismo sólo es alcanzable en la medida en que hagamos un serio esfuerzo para prescindir de nuestras previas valoraciones subjetivas.

En la práctica, la opinión, hoy tan extendida, de que no hay verdades objetivas en ética, siempre desemboca en la ley del más fuerte . La voluntad de los que mandan se erige como única verdad. Sólo es verdadero lo que dicen los partidos políticos y los medios de comunicación, *lo políticamente correcto*, como se suele decir . También se ha hablado de *dictadura del relativismo*. Pero no es tanto el relativismo como tal el que se ha impuesto, sino la voluntad de los poderosos. El relativismo como tal no existe. Lo que sí existe es el poder político y mediático en manos de quienes difunden a sabiendas la duda en las conciencias.

4. Busquemos la verdad objetiva que pueda haber bajo las etiquetas liberalismo y socialismo

Las consideraciones anteriores determinan la metodología correcta . No nos interesa conocer los sentimientos, favorables o contrarios, de las personas o los pueblos sobre ambos conceptos. Estas dos palabras mayores afectan a verdades objetivas sobre la relación entre persona y sociedad. Pero se trata de identificar esas verdades con honestidad intelectual. Hay que usar una metodología que no



incurra, de un modo u otro, en la falacia *es* → *debe ser*, denunciada por Hume de una vez para siempre .

Insistamos. Para cualquier valor podemos encontrar multitud de casos concretos que lo contradicen, y multitud de casos concretos que lo confirman. Pero el respeto a la vida no pierde su valiosidad intrínseca porque todos asesinen, ni adquiere esa valiosidad intrínseca porque nadie asesine. Se incide en la falacia *es* → *debe ser* cuando nos acercamos a los conceptos de *liberalismo* y *socialismo* con una metodología empírica, psicológica, sociológica o histórica, o con la ética dialógica o por consenso que propugna la Escuela de Frankfurt . En el nivel de lo que *es* encontraremos casos para todos los gustos, como brevemente exponemos a continuación . Pero de ahí no se deriva en lógica valiosidad intrínseca alguna, ni positiva ni negativa.

En efecto, cabe razonar erróneamente de estas cuatro maneras.

El socialismo es bueno, porque gracias a la iniciativa del primer gobierno laborista inglés, tras la Segunda Guerra Mundial se difundió el *estado de bienestar* propuesto por Beveridge: que toda persona, toda familia, todo colectivo, disponga de un mínimo asegurado de alimentación, vivienda, sanidad y educación . Y de hecho eso se ha conseguido en la práctica en Occidente, gracias sobre todo a gobiernos socialistas. Incluso presentándose al público con etiquetas teóricamente opuestas al socialismo, muchos partidos conservadores han continuado y hasta ampliado las ideas que pusieron en marcha los laboristas ingleses en 1945 . Esto es un hecho sociológico e histórico, que nadie puede negar.

El socialismo es malo, porque la sangrienta Revolución Rusa costó 20 millones de muertos, ahogó la libertad personal, esclavizó a los ciudadanos bajo los planes quinquenales, y al final todo terminó en el fiasco más espectacular que conoce la historia . El *paraíso soviético* fue sólo mera propaganda. Aquel gigante de hierro y acero tenía los pies de barro, y se vino abajo con un ridículo empujón. Los jerifaltes, que dirigían aquel socialismo con partido único y el estado como único empresario, resultaron ser una cínica *Nomenklatura*, que exprimió a los ciudadanos igual que los señores feudales vivían a costa de sus siervos.

Iguals razonamiento erróneos cabe hacer con el liberalismo.

El liberalismo es malo y con toda razón puede ser denotado por el despectivo término *capitalismo*. Acabamos de ver qué ha hecho la Volkswagen. Ha trucado millones de coches, para mejorar los dividendos de sus accionistas y los sueldos de sus directivos. Los capitalistas de toda especie no buscan el bien común, sino enriquecerse a costa de los demás. Son unos explotadores. Recordemos tantas quiebras fraudulentas como la de Enron. Y si vamos más atrás, ahí están los horrores descritos por Dickens, observador directo de la explotación de los niños. También éstos son hechos que nadie discute.

El liberalismo es bueno, porque en España, cuando se abandonó el socialismo estricto —en este caso practicado por la derecha política— asistimos a un



boom de la actividad económica . La gente modesta pudo comprarse un *seiscientos* y luego una primera vivienda, un coche mejor, un apartamento en la playa o un chalet en la sierra, mejorando así drásticamente su nivel de vida . En las hemerotecas están disponibles los periódicos de todo el mundo durante los años sesenta alabando el llamado *milagro español*.

En resumen, la metodología correcta, para saber si liberalismo y socialismo son *verdaderamente* algo bueno o malo, no puede consistir en derivar el valor o antivalor a partir de hechos históricos o sociológicos, por muy bien documentados que estén, o a partir de estadísticas y encuestas, por muy rigurosas que sean . No cabe derivar lo que *debe hacerse* a partir de lo que la gente *hace*. No puede derivarse la regla general a partir de casos concretos. Si el liberalismo y el socialismo son en sí mismos algo bueno o malo, eso hay que dilucidarlo con independencia de los éxitos o fracasos de gobiernos y políticos de uno u otro color . En pura axiología, los valores y los antivalores son tales en completa independencia de sus consecuencias. El conocimiento ético es *a priori*, como decía Kant. Tanto la distinción entre ética y casuismo, como la más profunda entre verdad objetiva y opiniones subjetivas, implican una metodología libre de saltos lógicos.

Por supuesto, lo anterior es compatible con que cada persona en su caso concreto sí tenga que medir, y lo mejor que pueda, las consecuencias de lo que hace . Pero de nuevo hay que insistir en que no hay ciencia ética de los casos concretos . Toda decisión ética es dramática. Nunca puede haber seguridad absoluta de haber acertado . Nadie sabe de antemano cuáles serán todas las consecuencias de su decisión aquí y ahora.

178



5. La formalización de la lógica

El cálculo lógico descubierto por Frege y Peano no sólo ha permitido que tengamos ordenadores, con la formidable revolución práctica que eso ha supuesto . El mismo cálculo es igualmente poderoso para afrontar problemas teóricos fundamentales, en que los filósofos no han conseguido nunca zafarse de las brumas del lenguaje ordinario. En la medida en que podamos substituir las palabras por símbolos carentes de sinonimias o polisemias, combinar los conceptos en fórmulas bien escritas, y vaciar los argumentos en valideces lógicas, las brumas desaparecen . Es posible ver entonces la realidad con entera nitidez . El escepticismo, el relativismo y el pensamiento débil quedan relegados a lo que en realidad son, supina ignorancia de la lógica . No todo puede formalizarse . Pero algunas cosas sí.

Hay dos cuestiones, que ya han salido expresadas en lenguaje ordinario, pero que admiten una completa formalización: la definición de valor en general y la universalización de un valor ético

Valor es lo que debe ser, sea o no sea (**Fa & Θ F**):

- **F** es el valor de la limpieza, por ejemplo
- **a** es la acción del que se agacha a recoger el trapo sucio, pero no lo hace por miedo a contagiarse
- **Fa** se lee como *en la acción a se realiza el valor F*
- **&** es el conjuntor lógico, o la partícula gramatical *y*
- **Θ** está por *deber ser*
- **Θ F** se lee como *la limpieza debe ser*

Si se trata del químico que no duda en echar el trapo en el contenedor, escribiremos **Fb & Θ F**. Cambia la acción concreta con que se realiza el mismo valor. Nuestro primer protagonista, que dejó el trapo sucio en el suelo, vivió el valor **F** y se perfeccionó como persona. Y lo mismo ocurrió con el segundo. De nuevo vemos que lo esencial es el valor **F**, y no las acciones concretas **a** y **b**. El símbolo **Θ** se asigna a **F**, y no a la acción concreta **a** ni a la acción concreta **b**. La fórmula impide de un plumazo cualquier confusión entre ética y casuismo. Este último lo formalizaríamos como **Θ a** o **Θ b**. Pero incluso si nadie recoge el trapo sucio, seguiríamos asignado el signo **Θ** a la materia valiosa **F**. Esta asignación correcta es independiente de los casos concretos, da igual que sean acertados tipo **Fx** o violaciones tipo **-Fx**, donde **x** es una variable, sustituible por acciones concretas.

En realidad, percibir inmediatamente esta asignación es lo que designamos como *intuición axiológica*. Formalizamos así todo lo que de aprovechable dijeron Kant, Scheler y Hartmann, los tres padres fundadores de la Axiología. Se expresaron de modo brumoso y prolijo. Pero la fórmula **Fx & Θ F** es justo la quintaesencia de sus muchas y farragosas páginas escritas en lenguaje ordinario.

Formalizar la universalidad de los valores éticos es más difícil. Exige usar una validez lógica, una verdad absoluta o verdadera en todo mundo posible, como decía Leibniz. Otros emplean la expresión *teorema de lógica*. Afortunadamente, hay una validez lógica que permite pasar de lo particular a lo universal, aunque con una condición. En nuestro caso esta condición se cumple. La fórmula es

$$(\exists xFx \rightarrow \Theta F) \rightarrow (x)(Fx \rightarrow \Theta F)$$

- **x** es la variable para una acción concreta, como antes.
- **$\exists x$** cuantor particular. Está por *en al menos una acción concreta*.
- **$\exists xFx$** dice *en al menos una acción concreta x aparece el valor F*.
- **(x)** cuantor universal. Está por *en todas las acciones concretas*.
- **ΘF** el valor F debe ser, como antes

La entera fórmula, aplicada a nuestro ejemplo sobre la limpieza, diría

Si en una conducta aparece el valor limpieza y ese valor debe ser, entonces en todas las conductas que atañen a la limpieza ésta debe ser.



Quien conozca el cálculo lógico notará enseguida que la variable x no aparece en ΘF . Incurriríamos en el casuismo si escribiéramos Θx . Y además la fórmula ya no sería una validez lógica. Justo este detalle es la condición antes aludida.

Nuestro primer e inmediato contacto con los valores éticos lo obtenemos mediante la intuición axiológica. Sin duda nuestro ojo axiológico puede equivocarse, como ocurre también en la intuición sensible. Pero por fortuna tenemos a disposición unas gafas para comprobar si nos hemos equivocado o no. Si de verdad se trata de un valor ético, será universalizable. Y si no es universalizable, no es un verdadero valor ético.

6. Juicio axiológico sobre el liberalismo y el socialismo

Por desgracia no podemos formalizar *todo* el razonamiento que sería necesario para dirimir axiológicamente entre el liberalismo y el socialismo. Ni siquiera la parte literaria de un libro de matemáticas es enteramente formalizable. Russell y Whitehead lo intentaron. Cualquiera que vea la fotografía de una página de *Principia Mathematica* queda horrorizado. No hay una sola palabra. No hay más que símbolos. Si Russell y Whitehead hubieran acertado, ahora todos los libros de matemáticas serían así. Pero fracasaron en su intento y en todo libro de matemáticas actualmente disponible en las librerías sigue habiendo una parte literaria. *A fortiori*, mucho menos podemos esperar que el lenguaje ordinario desaparezca de los libros sobre política, sociología o ética. Bastante sería con

180 que aparezca de vez en cuando alguna fórmula de lógica, que asegure al menos que el autor no la desconoce. Pero por desgracia no suele ser éste el caso.



Lo esencial es que, después de la formalización de la lógica, hemos de pensar sobre cualquier asunto con el mayor rigor que permita su posible formalización. Hemos de formalizar lo que decimos en el incierto lenguaje ordinario en la medida en que sea posible. O intentarlo al menos. En algunos casos hay suerte, como en los dos ejemplos anteriores. Y si no tenemos éxito, por lo menos hemos de estar atentos a evitar las falacias y los saltos lógicos, que son tan frecuentes en los escritores que ignoran la lógica.

Con este deseo de buscar la verdad objetiva con rigor e imparcialidad, con este deseo de razonar al margen de nuestros prejuicios subjetivos, persiguiendo este ideal de no dejarnos arrastrar por nuestros sentimientos, tan intensamente queridos como irracionales, intentaremos aproximarnos a este dilema *liberalismo-socialismo*, tan apasionada y ciegamente debatido por unos y por otros, lo mismo desde la izquierda que desde la derecha.

7. Dos puntos clave

Dicho esto, vamos a centrarnos en los dos puntos que a mi juicio son más deci-

sivos para lograr esa imparcialidad que nos acerque lo más posible a la verdad objetiva en esta *vexata questio* .

El primero es la distinción entre el mundo de la naturaleza causal y el mundo de la libertad y los valores.

El segundo es la relación entre persona y sociedad.

8. Mundo de la naturaleza causal y mundo de la libertad y los valores

La lógica formalizada moderna ha terminado para siempre con el materialismo . El primero de los operadores lógicos, el afirmador-negador, implica la total independencia de un espíritu pensante y libre frente a los condicionamientos de nuestro cuerpo animal, que pertenece a la naturaleza causal .

En la naturaleza todo se rige por la causalidad . Las mismas causas producen siempre los mismos efectos en las mismas circunstancias . Y todo efecto tiene al menos una causa como su condición suficiente. Ser libre para decir *sí* o *no* es incompatible con la carencia total de libertad que señorea en el mundo de la naturaleza causal . Un perrito faldero nunca ladrará alegre cuando sus dueños le dejan solo en casa, ni triste cuando vuelven a ella . No puede ladrar al revés . No posee el afirmador-negador .

Trazar una tajante frontera entre el mundo de la naturaleza causal y el mundo de la libertad-valores es decisivo para dirimir la antítesis entre liberalismo y socialismo. Esa frontera debiera asegurar a los mercados la mayor libertad posible. Los gobiernos sólo la limitarían en situaciones puntuales, porque ciertamente algunas veces hay que hacerlo . Pero eso sería la excepción. La actitud de entrada de los gobiernos debiera ser garantizar la mayor libertad posible a los mercados . O al menos ése es el ideal de un liberalismo fundamentado en una Axiología que aspire a ser lógica.

Los valores sólo tienen sentido cuando un agente libre los realiza por propia iniciativa y sin ser coaccionado. La libertad en sentido positivo es el ente que tiene ante sí un arco de valores, los constituye como fines de su conducta, y luego busca los medios apropiados para alcanzarlos. Si se trata de los valores éticos de Igualdad y Suficiencia, entonces el mérito recae única y exclusivamente sobre el espíritu libre y responsable que decide realizarlos. Libertad positiva es lo mismo que plena responsabilidad.

En cambio, todo socialismo imagina que es posible obligar de algún modo a la naturaleza a realizar esos dos valores . Como la frontera entre ambos mundos no es vista con total nitidez, se interfiere en los mercados, restando libertad a los agentes económicos y provocando pérdidas sociales. Se consigue algo de Igualdad y Suficiencia, pero a un precio perjudicial para todos . El fracaso de la economía totalmente planificada en la extinta URSS debiera convencer definitivamente a los socialistas de que su sistema nunca compensa en términos puramente económicos.





182



«El hombre perdido entre las aguas». Salvador Dalí

Y sobre todo se restringe de modo inhumano la libertad del ciudadano. Se le arrebatada en mayor o menor grado su responsabilidad . El imaginario mérito moral de un reparto más equitativo iría en todo caso al estado planificador . No hay mérito personal alguno en esa *seguridad servil* de que hablaba Russell . El ciudadano es rebajado a la condición de súbdito, vasallo o siervo, y en el mejor de los casos es tratado como ciudadano menor de edad. La errónea base teórica de todo socialismo es la confusión entre el mundo de la naturaleza y el mundo de la libertad-valores.

En cambio, en una economía verdaderamente liberal, donde los presupuestos fuesen democráticamente votados, y luego suficientemente controlados, el ciudadano paga sus impuestos con la conciencia de que colabora voluntaria y libremente al bien común . E incluso queda abierta la puerta para que los generosos vayan más allá de cumplir con hacienda, y quieran ser magnánimos en su deseo de ayudar a demás . Los valores de Igualdad y Suficiencia serían llevados a la práctica por personas libres y plenamente responsables. El liberalismo propicia

ese ideal en la medida en que, teóricamente al menos, se atiende a la tajante separación entre el mundo de la naturaleza causal y el mundo de la libertad-valores.

9. Persona y sociedad

El protagonista de la Axiología es la persona individual. Es la persona singular la que tiene delante los valores como fines que dan sentido a su vida. En cambio, la sociedad como tal no realiza valores, no es sujeto de acción valiosa alguna; carece de libertad positiva.

Dicho de otra manera. La sociedad es un medio para el engrandecimiento de las personas singulares que la componen. No es un fin, sino un medio. La persona es para la sociedad y no al revés. La única razón de ser de la sociedad es el engrandecimiento axiológico de la persona. El único fin que debieran proponerse los gobiernos es el *bien común*, como se suele decir, o sea el bien de todos y cada uno de los ciudadanos en cuanto personas. Es aberrante que un gobierno pretenda adoctrinar a los ciudadanos, o decirles cómo deben hablar, vestir o peinarse. Los políticos están para servir a los ciudadanos y no para imponerles ideología alguna.

Y si vamos hasta el final, diremos que la sociedad no existe en el más allá, mientras que la persona tiene un destino eterno. En efecto, los valores religiosos, entendidos como antinomia entre ética y estética, exigen la existencia del más allá. Si la justicia no triunfase tras la muerte de los asesinos y ladrones que quedan impunes en este mundo, estaríamos ante un deber ser que nunca llega a ser. Por tanto no sería un verdadero deber ser. *Si Dios no existe, todo está permitido*, en la inmortal frase de Dostoiewsky. Si la corrupción dilaga hoy día en tantos ambientes, es porque se supone que la justicia humana puede comprarse y la divina no existe.

La conclusión es terminante. La sociedad existe única y exclusivamente para la persona. Aceptar *in toto* esta conclusión define el liberalismo. Otros usan la palabra *personalismo*, pero se trata de lo mismo. En cambio el socialismo, incluso el más aguado, incluye siempre alguna fisura, reserva, rebaja o ambigüedad en esta conclusión.

Los valores de Igualdad y Suficiencia, o en sentido más amplio, la componente social de todos los valores, es tarea de las personas singulares. La sociedad no es sujeto o protagonista de los valores. Es mera fantasía soñar con una sociedad que de modo mecánico e impersonal realice los valores de Igualdad y Suficiencia, arrebatando la autoría ética a las personas. Esa absurda quimera late en todo socialismo. Como ya indicado, todo socialismo implica *de suyo*, como diría Zubiri, el regreso a la servidumbre, a la degradación de la persona. El título del famoso libro de Hayek *The Road to Serfdom* no pudo ser más certero. La libertad en sentido positivo es lo mismo que la dignidad de la



persona. No admite restricciones de ninguna clase. O se tiene plenamente o no se la posee en absoluto.

Si alguna disculpa cabe encontrar para el socialismo, es que los sentimientos, por amados que sean, nunca razonan, sólo arrastran apasionadamente sin saber adónde van. No puede sorprender que se equivoquen. El estudio de la lógica formalizada moderna es la mejor medicina para curar la enfermedad mental del socialismo.

10. Distribución económica y redistribución axiológica

De acuerdo con lo anterior, el liberalismo propone dejar la máxima libertad a los agentes económicos y reducir al mínimo la intervención de los políticos en la economía. Sin duda esa intromisión puede ser obligada para evitar monopolios y monopsonios, para racionalizar el horario de trabajo o el tiempo de vacaciones, para asegurar un mínimo de higiene en las fábricas, o en asuntos puntuales parecidos. Pero no olvidemos que también era obligación de los políticos cortar la burbuja inmobiliaria, y no lo hicieron. No lo hizo el gobierno de derechas de Bush en EEUU, y no lo hizo el gobierno de izquierdas de Zapatero en España. No por estos flagrantes ejemplos de incompetencia vamos a negar que la intervención de los políticos en los mercados sea necesaria en algunos casos específicos. Nos limitamos a pedir que estos casos se reduzcan al mínimo, y que nunca atenten contra la libertad de los mercados. Dando a los mercados el máximo posible de libertad, el pastel a repartir entre los ciudadanos será tam-

184



bién el máximo posible, aunque por supuesto mal repartido. Esto entendemos por *distribución económica*. Será correcta económicamente e injusta axiológicamente. Un obrero discapacitado aporta objetivamente menos productividad marginal que un obrero sano. Su retribución debe ser objetivamente menor. Pero un liberalismo fundamentado en la axiología, como el que aquí se propone, no sólo defiende la libertad sino también los valores. Su punto de partida es la coimplicación entre libertad positiva y valores. Incorpora de entrada los valores de Igualdad y Suficiencia en cuanto fines que dan sentido a la vida humana. Y en consecuencia exige una subsiguiente *redistribución axiológica*, que considere al obrero discapacitado y al sano como personas y como ciudadanos mayores de edad.

No incurrirá por tanto en el error socialista de pagar salarios que excedan la productividad marginal. Se trata de que el pastel sea el mayor posible. Y eso sólo se consigue si se respetan las leyes económicas y la libertad de los mercados. La intromisión de los políticos en la economía es un coste que por desgracia resulta siempre demasiado alto. Nunca olvidemos lo que la experiencia de la URSS dejó definitivamente claro: el socialismo produce siempre atraso y pobreza para todos, menos para la Nomenklatura de turno.

La redistribución axiológica no puede situarse por tanto en el mundo de la

naturaleza causal, sino en el mundo de la libertad y los valores . Un liberalismo sin valores es una degeneración, para la cual sería adecuado el término despectivo de *capitalismo* . Pero el liberalismo con valores es justamente el liberalismo que aquí defendemos. Puede ser una realidad, al menos en teoría . Lo mismo que, al menos en teoría, es posible un grupo social en el que no haya asesinatos . Lo que no es posible, ni siquiera en teoría, es un socialismo con valores . El error inicial de obligar a la naturaleza a realizar valores hace al socialismo *intrínsecamente perverso*, para usar esta manida expresión . El socialismo no tiene arreglo axiológico . En cambio, el perverso capitalismo, entendido como liberalismo sin valores, sí admite solución . Sólo es *extrínsecamente perverso* . Puede corregirse o mejorarse, como aquí se propone.

En resumen, independientemente de que se cometan muchos o pocos asesinatos, se trata ahora de que al menos nadie dude de que *no matar* es un ideal verdadero, o que el *Respeto a la vida* es un auténtico valor ético. Por ahí debemos empezar, si deseamos que haya en la práctica menos asesinatos. En la medida en que la conciencia moral sea la correcta en la mente de las personas, más probabilidades habrá de que la sociedad sea pacífica.

Pues bien, apliquemos el mismo criterio a la redistribución axiológica . En la medida en que su concepto esté claro en la mente de ciudadanos y políticos, más probabilidades habrá de que la sociedad sea justa en la práctica, y las personas se sientan libres . En la medida en que la *theoria* sea la correcta, más probabilidades habrá de que la *praxis* sea benéfica de hecho.

11. Valores y virtudes

185

Hasta Kant, en ética se habló siempre de *virtudes*. Pero como nunca se partía de la tajante distinción entre *ser* y *deber-ser*, la noción misma de virtud resultó siempre confusa y ambigua . Y lo sigue siendo. Se mezcla lo ético con lo emotivo, lo objetivo con lo subjetivo . Como concepto, virtud es un híbrido de racionalidad y sentimentalismo.



A pesar de sus silogismos, Aristóteles nunca distinguió con nitidez entre *psique*, que pertenece al mundo de la naturaleza causal, y el *nous* pensante y volente, que se sitúa en el mundo de la libertad y los valores. En consecuencia, hasta que Hume se dio cuenta, nunca se cerró del todo la trampa *es* → *debe ser* .

Las virtudes, tal como son descritas por Aristóteles y los escolásticos, son conductas o pautas de acción en que nunca queda suficientemente clara la separación entre ética y psicología. Siempre se entreveran los sentimientos ciegos de lo psicológico con la racionalidad propia de los valores. En mayor o menor medida, siempre se confunde de algún modo lo que debe hacerse con lo que se hace.

Los sentimientos y la psique humana pertenecen a la naturaleza causal. En ella está inmerso nuestro cuerpo material, y por tanto también los sentimientos,

algunos de los cuales compartimos con los animales . El caso más notable es la alegría y la pena en los perros domésticos.

Se usan varias expresiones para denotar esta realidad: *rasgos del carácter, disposición de ánimo, manera de ser, buen humor o mal humor, tener ganas o no tenerlas*, etc . Y también términos como *tendencia, pasión, instinto, inclinaciones, sentimientos*. Podemos englobar todas estas referencias bajo la voz *psique* . Lo decisivo es que todo lo psicológico pertenece a la naturaleza causal, que no es libre y es ciega por tanto a lo que debe ser o debe no ser.

En cambio, los valores son ideas objetivamente verdaderas, que nuestro entendimiento alcanza en total independencia de lo material o corporal y por el mero hecho de intervenir el primero de los operadores lógicos: el afirmador-negador . Se afirma que *debe ser* algo percibido sensiblemente como una conducta o materia valiosa. Los valores señalan la finalidad objetiva de la vida humana . La falacia es → *debe ser* queda excluida de entrada . Estamos, pues, ante una genuina intuición axiológica, que se superpone a la intuición sensible de las conductas.

En algunos casos las palabras *virtud* y *valor* pueden ser casi intercambiables . *Valor de la Justicia* y *Virtud de la Justicia* denotan las mismas acciones humanas concretas . Pero esto es la excepción. La Axiología intenta identificar valores, mientras que la palabra *virtud* denota siempre una mezcla de lo objetivamente valioso con lo sentimentalmente querido .

Pero dicho esto, ha llegado el momento de tener en cuenta lo psicológico, e incorporarlo a nuestro discurso, si queremos proponer una redistribución

186



axiológica que sea factible o realista . Hemos de reintroducir o reivindicar el tradicional lenguaje de las virtudes . Pues en la conducta humana efectiva no basta *conocer* los valores para ponerlos por obra . Además hace falta *amar* esos valores . La cabeza sin el corazón no empuja a la acción de modo eficaz . *Universalis non movent*, decían los medievales . Nadie es honrado, si no ama la honradez . Ni siquiera alguien es puntual, si no ama la puntualidad y le duele de verdad llegar tarde a cualquier cita .

Los griegos distinguían entre lenguaje *apofántico*, que trata de describir la realidad objetiva, y lenguaje *parenético*, que exterioriza nuestros sentimientos . Hasta ahora hemos tratado de emplear un lenguaje no sólo apofántico, sino formalizado incluso en al menos dos cuestiones importantes Pero ahora haremos bien en complementar esa previa reflexión racional con un lenguaje parenético . En consecuencia, *virtud* significa ahora para nosotros conocer teóricamente un valor, y además potenciarlo con la fuerza psicológica de lo que más queremos o deseamos . Intentamos ahora exhortar a políticos, empresarios y ciudadanos en general, a que promuevan de manera efectiva y realista lo que aquí entendemos por *redistribución axiológica*, y otros llaman *justicia social* . Y para que ese ideal se alcance en la práctica, haremos bien en apelar a las viejas *virtudes*.

¿Qué virtudes, en que la psique es necesaria en la práctica tanto como la razón, serían las más apropiadas para alcanzar una efectiva redistribución axiológica?

Tres virtudes parecen ser, a mi juicio, las más decisivas a estos efectos: *compasión, magnanimidad y humildad*.

La compasión, llamada también *piedad, misericordia o solidaridad*, consiste en la sensibilidad para los males ajenos. Es la *simpatía* griega, que en español ha perdido su sentido original, pero se conserva en inglés. Su contrario es la dureza de corazón, el buscar sólo la propia ventaja y encogerse de hombros ante el sufrimiento ajeno. Todo el mundo sabe en qué consiste este sentimiento y lo ha experimentado dentro de sí mismo, da igual ahora si positiva o negativamente.

En el plano teórico resulta difícil ubicar la compasión. De hecho no figura en nuestra Tabla de Valores Éticos. Aparece en ésta la etiqueta *solidaridad*, pero con un sentido distinto de la *compasión* que ahora nos ocupa. En nuestro buen samaritano ideal suponemos ante todo un discernimiento teórico mínimo de los valores éticos de Igualdad y Suficiencia. Y le otorgamos además un profundo dolor por la desgracia ajena y el deseo de mitigarla. El hombre alcanzaría así la unidad interior. Ama lo que conoce y conoce la valiosidad objetiva de lo que ama. Si todos viviesen esta virtud de la compasión, la redistribución axiológica estaría ciertamente asegurada.

La mayoría de los ciudadanos contribuyen de hecho a la redistribución axiológica pagando *de buen grado* sus impuestos, y siendo conscientes de que colaboran así al sostenimiento de las diferentes prestaciones sociales: pensiones a jubilados, viudas y huérfanos, subsidios a discapacitados, accidentados y parados, asistencia médica, enseñanza básica gratuita, etc. Hemos enfatizado la expresión *de buen grado*, porque sería la consecuencia obvia de ser compasivos. O dicho de otra manera, el ciudadano debiera pagar sus impuestos con el mismo gusto con que ayudaría directamente a aquellas personas de las que se compadece al conocer de primera mano sus carencias y desgracias.

La complejidad social hace que sólo mediante una Agencia Tributaria suficientemente capilar pueda realizarse la *redistribución axiológica* por el ciudadano medio. Pero importa recordar que se trata de una acción moral, perteneciente al mundo de la libertad y los valores. El mérito moral es de la persona y no de los programas informáticos de la Agencia Tributaria.

De todas formas, como el protagonista efectivo de esta redistribución no es el contribuyente como persona sino el estado impersonal, se comprende la tentación del ciudadano de sentirse forzado. Paga entonces *de mal grado* sus impuestos, y hasta defrauda a la hacienda pública, si puede. Se trataría de una *solidaridad* impuesta y no libre. Los ciudadanos vivirían una *compasión forzada* y desprovista de mérito moral.

De ahí la necesidad de una total transparencia en las cuentas públicas. En la



medida en que lo sean, el ciudadano pagará con gusto sus impuestos . Y más en general, en la medida en que la gente sea mayoritariamente honrada y compasiva, más probabilidades habrá de que el contribuyente llegue a sentirse como el verdadero y último protagonista de la redistribución axiológica. Pero tampoco olvidemos que el socialismo, como mera doctrina, siempre va en contra de este ideal . Por su misma esencia, tiende a substituir la persona por mecanismos burocráticos.

Por si fuera poco, está además la corrupción generalizada de los políticos . Desanima aún más al ciudadano medio hoy día para sentir la compasión de que hablamos aquí . Se siente penosamente frustrado, al comprobar que una parte de sus impuestos va a los bolsillos de políticos corruptos, por los que no puede sentir compasión alguna.

Pero no por eso deja de ser cierto lo que intentamos afirmar como lo más importante y decisivo: si de hecho los ciudadanos viviesen la virtud de la compasión, contribuirían *de buen grado* con sus impuestos a la redistribución axiológica . Hacen a la sociedad mejor, y ellos se engrandecen como personas valiosas .

Pasemos ahora a la segunda virtud decisiva para lograr la redistribución axiológica . Se trata de la *Magnanimidad* .

Aristóteles la cita explícitamente como virtud . En realidad se trata de la misma compasión de que antes hablamos, cuando se da la feliz circunstancia de que el virtuoso es a la vez rico . Seguimos estando ante un sentimiento que potencia la materia valiosa, en nuestro caso Igualdad y Suficiencia. Lo que enfatizamos

188



ahora es que el magnánimo, o el rico de buen corazón, puede contribuir a la redistribución axiológica como no lo puede hacer el ciudadano medio . Dispone de medios económicos, que le permiten ir en la solidaridad mucho más allá del mínimo exigido por su declaración anual a la Agencia Tributaria .

En una economía liberal los grandes empresarios debieran desempeñar un papel preponderante . El mecenazgo sería su manera específica de contribuir a la redistribución axiológica. En cierto modo es lo que se espera de ellos, en reciprocidad por las oportunidades que les otorga esa misma economía liberal. Los empresarios debieran ser la aristocracia de la sociedad liberal, en el mejor sentido de la palabra *aristócrata* .

Por brevedad empleemos a partir de aquí *beneficencia* en vez *redistribución axiológica* . Otro de los lastres del socialismo es que frena también la iniciativa benéfica de los empresarios, la beneficencia privada . Si el estado como empresario único es un desastre, lo mismo ocurre cuando el estado se erige en benefactor único . En una sociedad liberal, la beneficencia privada de los magnánimos debiera ser más extensa y decisiva, que la pública, por más que reconocamos la necesidad de una Agencia Tributaria que canalice la beneficencia básica de todos, modestos o ricos, y asegure un mínimo de bienestar social .

Si los empresarios fueran realmente magnánimos, no habría paraísos fiscales .

Ha habido, y sigue habiendo, grandes empresarios-mecenas, sobre todo en la tradición norteamericana. Pero por desgracia abundan hoy día los paraísos fiscales, y aun existe una legislación favorable a ellos en muchos países . Muchos gobiernos, incluso socialistas, aprueban leyes que estimulan de hecho los paraísos fiscales . Pero la avaricia es más repulsiva en el rico que en el modesto. Si defraudar a la hacienda pública es algo odioso en el ciudadano medio, aún es más repugnante cuando se trata la codicia insaciable de los que tienen mucho y lo esconden en paraísos fiscales, hurtándolo a su destino ético, que sería la beneficencia . Y en esta censura caen igualmente los políticos, también socialistas, que de un modo u otro consienten tal lacra social, y tantas veces se lucran de ella.

Curiosamente, la magnanimidad entre países sí ha sido objeto de atención . Se ha hablado de un 0'7% del PIB, como contribución anual de los países ricos a los pobres . Obviamente, para que ese ideal se convierta en realidad hace falta que exista la virtud de la magnanimidad en todos los ciudadanos del país rico . También los modestos podrían sentirse nobles aristócratas. Pero por desgracia el 0'7% no se paga de hecho.

Las dos virtudes anteriores, Compasión y Magnanimidad, conciernen a los que dan, o pueden dar . En el fondo se trata de la misma virtud . La circunstancia de ser rico o modesto es más bien secundaria. Lo esencial es tener buen corazón . Pero hablemos ahora de los sujetos pasivos de la beneficencia, los que reciben las prestaciones sociales o las donaciones de los magnánimos . También ellos están necesitados de una virtud bien precisa: la Humildad.

Hay tres virtudes, que son *formales* en el sentido de que carecen de materia específica, pero condicionan todos los valores éticos. Se trata de *Humildad*, *Constancia* y *Prudencia* . Lo esencial radica sobre todo en el espíritu dotado de racionalidad y libertad positiva. Los sentimientos cuentan menos en estas tres virtudes formales. Lo que se relaciona por otra parte con su carácter formal.

Esa prevalencia de lo ético sobre lo psicológico se aprecia bien en la Humildad . No pudo ser más certera Santa Teresa de Ávila, cuando la definió como *andar en verdad* . Se trata justo de eso, de aceptar la realidad, sobre todo la realidad de nuestras limitaciones o carencias. Ser conscientes de nuestras necesidades como personas, y como miembros de cualquier colectivo social al que pertenezcamos. Y por tanto estar dispuestos a dejarnos ayudar.

Antes hablamos del valor supremo de Verdad. Ahora invocamos el sentimiento que debiera acompañarla . *Amar la verdad* es reconocer nuestras objetivas deficiencias y no sentirnos ofendidos porque nos ayuden. El verdadero humilde nunca se sentirá humillado por aceptar la dádiva que alivia sus carencias objetivas . Al contrario, siempre será agradecido.

En cambio, la soberbia, el amor propio herido, lleva a la actitud contraria . Sentirse agraviado porque hemos de aceptar como regalo lo que no podemos conseguir por nuestro propio esfuerzo. Ese despecho resentido es lo que se



esconde tras la engañosa frase *que no me den por caridad lo que deben darme por justicia*. A primera vista parece algo razonable . Pero si profundizamos, enseguida descubrimos la falta de amor a la verdad.

¿De qué *justicia* se habla? O más exactamente ¿de qué *injusticia* se siente víctima quien eso dice? Siempre se está suponiendo, más o menos conscientemente, que existe la plusvalía marxiana, o alguna de las trampas que supuestamente esconde la economía liberal *capitalista* . Pero esas trampas no existen . Se piensa así sólo porque no se acepta la realidad . No se admite la verdad de que las leyes de Walras-Pareto son tan objetivamente verdaderas como las leyes de Maxwell . Ambas conquistas científicas son verdaderas en el mundo de la naturaleza causal . La realidad no puede humillar a nadie.

¿Y por qué se emplea peyorativamente la palabra *caridad*? Porque tampoco se reconoce que las prestaciones sociales están respaldadas por los valores de Respeto que hemos etiquetado como Igualdad y Suficiencia. O se ignora que estos dos valores son el único título que ampara y ennoblece tales prestaciones . Cualquier posible *derecho a recibir* de los pobres o débiles proviene del *deber ser* objetivo de esos dos valores . Pues la misma *dignidad de la persona humana*, a la que tanto se apela, depende de los valores. No es un absoluto . Quien viola los valores pierde su propia dignidad, incluso del todo . La dignidad humana como tal no es un valor que deba incondicionalmente ser, sino el hecho de que quien vive los valores la adquiere automáticamente, y justo por eso.

Al necesitado soberbio le subleva la idea de que el único mérito moral que puede aportar es dejarse ayudar . El resentido no tolera que el generoso que le ayuda pueda adquirir mérito moral alguno. Por otra parte, los benefactores tampoco debieran verse a sí mismos como rumbosos desprendidos, que exhiben sus hazañas benéficas y esperan adúladora pleitesía, sino como meros cumplidores de lo pedido por la Igualdad y la Suficiencia .

En resumen, los sentimientos propios de estas tres virtudes –*Compasión, Magnanimidad y Humildad*– debieran ser el complemento psicológico que acompañe y potencie la intuición intelectual de los valores éticos de *Igualdad y Suficiencia* . ■

